

La última guerra de independencia en Guiney se terminó en 1747.

La ciudad de San Pedro de Macoris, fundada en 1700 por el Sr. D. Juan de los Rios, fue destruida por un terremoto en 1747.

Otros servicios ha prestado además la municipalidad de San Pedro de Macoris, en el año de 1747, en el punto de vista de la agricultura y de la industria.

Reinando Juan I por su reinado, entre otros puntos, una parte y sus dos hijos. La parte de San Pedro de Macoris, que se llama San Pedro de Macoris, entre las partes de la guerra. La guerra que se terminó en el año de 1747, en el punto de vista de la agricultura y de la industria.

El reinado de Juan I por su reinado, entre otros puntos, una parte y sus dos hijos. La parte de San Pedro de Macoris, que se llama San Pedro de Macoris, entre las partes de la guerra. La guerra que se terminó en el año de 1747, en el punto de vista de la agricultura y de la industria.

de tener la casa del Sr. de la Torre, en el punto de vista de la agricultura y de la industria.

El Sr. de la Torre, en el punto de vista de la agricultura y de la industria.

El Sr. de la Torre, en el punto de vista de la agricultura y de la industria.

III.

PARA TU MUJER, CUANDO TE CASES.

Volvamos á Gilliatt.

Contábase en el país que una mujer que vivía en compañía de un chiquillo, al tocar la revolución á su fin se había establecido en Guernesey. Debía ser inglesa, á no ser que fuese francesa. Tenía un nombre cualquiera, cuya pronunciación guerneseyana y ortografía de la gente vulgar habían convertido en Gilliatt. Vivía sola con el niño, el cual, según algunos, era su sobrino, según otros su hijo, según otros su nieto y según otros nada absolutamente.

Tenía un poco de dinero para pasarlo pobremente. Había comprado un pradecillo en Sergentée y un pedazo

de tierra en la roca Crespel, cerca de Rocquaine. En aquella época la casa del Bu de la Calle estaba endemoniada, y hacia ya treinta años que nadie la habitaba.

Amenazaba ruina. El jardín, harto visitado por el mar, nada podía producir. Además de los rumores y resplandores nocturnos, la tal casa ofrecía algunas particularidades terroríficas. Si al anochecer se dejaba encima de la chimenea algun ovillo de estambre, agujas de hacer calceta y un plato de sopa, al día siguiente se notaba que la sopa se la habían comido, que el plato estaba vacío, y se encontraban un par de mitones de punto de media.

Por todas estas razones la casa se puso en venta con el demonio que estaba dentro, y por ella no se pedían más que unas cuantas libras esterlinas.

La mujer la compró, tentada evidentemente por el diablo ó por la baratura.

Hizo más que comprarla. Se estableció en ella con el chico, y desde aquel momento cesaron los resplandores y ruidos. *La casa tiene lo que quería*, dijeron las gentes del país. Ya no hubo más visiones. Dejaron de oírse gritos al apuntar el día, y no apareció otra luz que la de la vela de sebo que al anochecer encendía la buena mujer.

Vela de bruja equivale á antorcha de diablo. Esta esPLICACION satisfizo al público.

La mujer sacaba algun partido de la poca tierra que poseía.

Tenia una buena vaca de manteca amarilla. Cogía guisantes de caldo blanco, alcachofas y patatas Golden

Drops. Vendía «cargas de nabos, manojos de cebollas y celemines de habas.»

No iba ella misma al mercado, pero hacía vender su cosecha á Gilbert Falliot en los Abreveurs Saint-Sampson.

El registro de Falliot demuestra que una vez vendió por su cuenta doce fanegas de *patatas llamadas de tres meses, de las más tempranas.*

La casa había sido reparada nada más que lo estrictamente necesario para hacerla habitable. No llovía en los cuartos sino cuando caían grandes chubascos. Se componía de una planta baja y un granero. La planta baja se dividía en tres salas, dos de ellas dormitorios y la otra comedor. Se subía al granero por una escalera de mano. La mujer guisaba y enseñaba á leer al niño.

No iba á la iglesia, por lo que, considerándolo bien todo, se la declaró francesa. No ir «á ninguna parte» es grave.

En suma, eran gentes que nada significaban.

Es probable que ella fuese francesa. Los volcanes arrojan piedras y las revoluciones hombres. Familias enteras son enviadas á grandes distancias; se truecan los destinos; se dispersan y desmenuzan los grupos; caen como de las nubes gentes sobre Alemania, sobre Inglaterra, sobre América. Asombran á los naturales del país. ¿De dónde vienen esos desconocidos? Aquel Vesubio que humea allá abajo los ha esputado, los ha espectorado. Se dan

nombres á esos aerolitos, á esos individuos espulsados y perdidos, á esos eliminados de la suerte. Se les llama emigrados, refugiados, aventureros. Si se quedan, se les tolera; si se van tanto mejor. Algunas veces son seres absolutamente inofensivos, ajenos, por lo menos las mujeres, á los acontecimientos que les han arrojado, no teniendo ni odio, ni cólera, proyectiles sin quererlo y sin saberlo. Echan raíces cómo y donde pueden. No hacen ningun daño á nadie y no saben lo que les pasa. Yo he visto una pobre mazorca de yerba lanzada al aire por una esplosion de mina.

La revolucion francesa, mas que todas las otras esplosiones, ha tenido esas violencias.

La mujer conocida en Guernesey por la Gilliatt, era tal vez la mazorca de yerba.

La mujer envejeció; el chico creció. Vivian solos y esquivados. Se bastaban. Loba y lobezno se lamian mutuamente: esta era otra de las fórmulas que les aplicó la benevolencia de sus convecinos. El niño se hizo adolescente, el adolescente se hizo hombre, y entonces, como es fuerza que caigan siempre las viejas cortezas de la vida, la madre murió. Dejó al niño el prado de la Sergeantée, la tierra de la Roca Crespel, la casa del Bu de la Calle, y además, dice el inventario oficial, «cien guineas de oro metidas en un calcetin.»

La casa se hallaba suficientemente amueblada con dos cofres de encina, dos camas, seis sillas y una mesa, con los utensilios necesarios. Habia en un estante algu-

nos libros, y en un rincon una maleta nada misteriosa que debió abrirse para inventariarse. Era de badana amarilla con arabescos de clavos de cobre y estrellas de estaño, y contenia un equipo nuevo y completo de hermoso lienzo de Dunkerque, camisas y sayas, y además cortes de vestidos de seda, con un papel en que se leia, lo siguiente, escrito de puño y letra de la muerta: *Para tu mujer cuando te cases.*

Esta muerte fue para el que sobrevivió un golpe terrible. Era salvaje y se volvió feroz. En torno suyo concluyó el desierto. Donde habia el aislamiento se formó el vacío. Entre dos la vida es posible. Uno solo parece que no puede arrastrarla. Se renuncia á ella. Es la primera forma de la desesperacion. Mas adelante se comprende que el deber es una serie de aceptaciones.

Se mira la muerte, se mira la vida, y se consiente en vivir. Pero es un consentimiento que hace sangre.

Como Gilliatt era joven, su herida se cicatrizó. A su edad, la carne del corazon retoña.

Su tristeza, borrada poco á poco, se mezcló á su alrededor con la naturaleza, se convirtió en una especie de encanto, le atrajo hácia las cosas y le alejó de los hombres, y amalgamó mas y mas su alma con la soledad.